

Evolución y aprendizajes de una historia de compromiso

1. Quienes somos y desde dónde hablamos
2. El Concilio Vaticano II: punto de partida
 - 2.1 Contexto en el que surge
 - 2.2 Eclosión conciliar
 - 2.3 Claves fundamentales del cambio
3. Evolución a partir del Concilio: vida laical- vida religiosa
 - 3.1 “La década prodigiosa” de la renovación
 - 3.2 “El retorno restauracionista”
 - 3.3 Aprendizajes de este itinerario
4. Nueva relación vida religiosa y vida laical
 - 4.1 Espacios de encuentro
 - 4.2 Camino de mutua confirmación y contraste
 - 4.3 Retos que se van dejando entrever
5. Situación actual
 - 5.1 Nuevo contexto sociopolítico: crisis
 - 5.2 Nuevo contexto eclesial: el Papa Francisco
6. Mirando hacia adelante

María Pilar Wirtz Molezún

María J. Cancelo Baquero

EVOLUCIÓN Y APRENDIZAJES DE UN CAMINO DE COMPROMISO

1. Quiénes somos y desde dónde hablamos

Buenas tardes. Como os acaban de decir, somos María y Pilar, las dos gallegas, amigas y compañeras de camino en diferentes búsquedas y proyectos. Como podéis ver somos un equipo inter: inter-generacional, diferentes edades e inter-ecclesial, laica y religiosa.

Cuando nos llamó Esperanza para hacernos este encargo, lo sentimos, no sin cierto temor y temblor, como un nuevo desafío conjunto. Y, aquí estamos para contaros lo que fuimos descubriendo después de tiempos de contacto con nuestra propia experiencia, lectura, reflexión personal y, sobre todo, tiempos muy gratificantes de compartir entre nosotras para ir haciendo un sentir común.

La primera sensación que tuvimos es que estábamos ante un tema ya muy estudiado y reflexionado por otras muchas personas, todo esto está dicho nos decíamos, ¿qué podemos aportar de nuevo? Llegamos a la conclusión de que solamente podremos transmitir novedad, si logramos expresarnos en un lenguaje existencial, es decir, si somos capaces de implicarnos nosotras mismas en lo que transmitimos. Hablar “desde sí”, nos recuerda el feminismo de la diferencia, con lo que esto tiene de límite y posibilidad.

Queremos también aclarar, que cuando nos referimos a la evolución de la vida laical y de la vida religiosa no nos referimos a un movimiento general, hablamos desde esos grupos emergentes que van roturando el terreno y marcan tendencia. También queremos aclarar que nuestra aportación está situada en un espacio: en un contexto occidental, español e incluso, matizado desde nuestro ser y vivir cotidiano en Galicia.

2. El Concilio Vaticano II: punto de partida.

2.1 Contexto en el que surge

“Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el sol” (Eclesiastés 3,1)

Pongámonos en situación. A mediados del siglo XX la sociedad avanzaba a paso rápido hacia la modernidad. Modernidad marcada, entre muchas otras cosas, por el progreso espectacular de las ciencias y las técnicas, y por la conciencia de la autonomía del mundo. Se perfila un nuevo escenario tras las dos guerras mundiales. Occidente está en plena recuperación económica centrada en una fuerte industrialización, y desarrollo de la sociedad de consumo. Tras la descolonización, se hace sentir una influencia nueva del Tercer Mundo que pone el primer plano los

problemas del hambre y los derechos humanos. Surge la Organización de Naciones Unidas. El cambio social y cultural es vertiginoso.

Comienzan a mostrarse los primeros síntomas de descristianización. La Iglesia va perdiendo su poder temporal mientras se aferra a un duro control interno, lo que no impide que surjan cada vez más voces que demandan el diálogo con este mundo moderno, para poder dar respuesta a las necesidades de la sociedad; aunque hay también quienes pugnan por un conservadurismo a ultranza. Por su parte, el laicado toma cada vez más protagonismo y reclama su lugar en la Iglesia. Todo parecía indicar la necesidad de un giro en la posición de la Iglesia que le permitiera adaptarse a las necesidades del mundo y renovar su modo de vivir la fe.

2.2 Eclosión conciliar

“Este es el día en que actuó el Señor: exultemos y gocémonos en él” (Sal 118,24)

En 1959, Juan XXIII, convoca el Concilio Vaticano II. Nadie contaba con ello, sin embargo resultó muy oportuno. Fue acogido con entusiasmo tanto dentro de la Iglesia como por la opinión pública mundial. Dos años de preparación y tres de sesiones. Y no defraudó, realmente vino a suponer un nuevo modo de entenderse la Iglesia a sí misma y en relación al mundo. Algunos le llamaron el nuevo Pentecostés que trajo el Espíritu Santo para “renovar la faz de la Iglesia”.

Y, efectivamente, desencadenó toda una renovación (teológica, estructural, litúrgica, misionera, etc.) que, con muchas idas y vueltas, con intentos de marcha atrás, todavía está desplegándose.

2.3 Claves fundamentales del cambio

En este cambio podemos señalar dos claves fundamentales:

- Paso de una Iglesia “sociedad perfecta” (autosuficiente, piramidal, centrada en la jerarquía) a una Iglesia “pueblo de Dios” (misterio de comunión, sacramento de salvación universal, centrada en todos los bautizados).

Las claves fundamentales del giro eclesiológico que supuso el Concilio se recogen en la constitución dogmática *Lumen Gentium*. La reforma que planteaba era espectacular. Suponía una nueva conciencia de que la Iglesia es la comunidad de todos los bautizados, a los que reconoce la misma dignidad. Todos, en los diversos géneros de vida y ocupación, están llamados a la santidad. Todos somos responsables de la misión de la Iglesia.

- Paso de una Iglesia “eclesio-céntrica” a una Iglesia “reino-céntrica”.- La Iglesia quiere mostrarle al mundo que le es cercana y que participa de sus anhelos, de sus éxitos y sus fracasos (con una preocupación especial por los más pobres). Como se recoge en el documento *“ninguna de las realidades humanas le deja indiferente”* pues no sólo es cuestión de justicia sino

voluntad y proyecto de Su fundador. Una Iglesia que se pone al servicio del mundo reconociendo la autonomía de todo lo creado y dialoga a la luz de la Palabra con esta nueva sociedad.

Las claves fundamentales de este giro se encuentran en la *Gaudium et Spes*. La misión cristiana pone su centro en anunciar el Reino de Dios y en la incidencia en la realidad social y política. La fe no se entiende sin la justicia, crece la opción por los pobres y por la paz.

3. Evolución a partir del Concilio: vida laical-vida religiosa

Vamos a intentar hacer ahora un recorrido, muy a grandes rasgos, por lo que, desde entonces, ha ido pasando en la vida laical y en la vida religiosa. Lo hemos estructurado en dos etapas que abarcan desde los años inmediatamente anteriores al Concilio, hasta el comienzo de la crisis actual. Esta última fase la dejaremos para el final y sólo nos asomaremos a ella para introducir lo que puede ser el trabajo de mañana.

3.1 “La década prodigiosa” de la renovación

3.1.1 Para comprender la evolución de **la actividad de los laicos** en la Iglesia Española en esta etapa se hace necesario volver la mirada a Acción Católica. Movimiento nacido en Bélgica y Francia en los años 20 coge fuerza en España en los 40 y 50. Pero es, sobre todo, a finales de los 50 cuando emprenden un nuevo estilo de evangelización, que promueve la implicación activa de los laicos en el terreno social, frente a la pasividad espiritualista de la Iglesia en los tiempos anteriores. Los protagonistas son los movimientos especializados, sobre todo la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica), la JOC (Juventud Obrera Cristiana).

Este cambio es coetáneo, y se corresponde muy bien, con el estilo teológico y misionero del Concilio. Para el Concilio, la tarea de cambiar las realidades humanas no es algo secundario, sino la misión principal de la Iglesia (EN 14). Los laicos, por tener su vida en medio de ellas, pasan a ser los nuevos protagonistas de la misión de la Iglesia.

Era el tiempo en que se empieza a vislumbrar del final de la dictadura y comienzo de la transición. Todo el ambiente social estaba convulso y lleno de expectativas de cambio, de libertad, de democracia. Y los cristianos no eran ajenos al deseo de transformación de la sociedad.

Estos movimientos cogen mucho auge. Desde las parroquias movilizan a muchos jóvenes y se extiende también por los ambientes universitarios y el mundo rural. Se editan revistas, nacen editoriales. Esto supone una renovación en la Iglesia, pero además tiene una incidencia decisiva en aquel contexto político para la revitalización

del tejido social. Pero esta iniciativa laical choca con un clero que siente cuestionado su papel de dirección. Además, la jerarquía española empieza a asustarse ante la fuerte incidencia, social y política en demanda de democracia, que esta movilización cristiana está provocando.

3.1.2 Respecto a **los religiosos y religiosas**, en los años anteriores al Concilio algunos grupos y personas participan de las mismas expectativas de cambio que se daban en el mundo laical. Sin embargo, la vida religiosa en su conjunto permaneció anclada en unas estructuras y comprensiones que se habían hecho caducas y que, de alguna manera, le impedían avanzar.

Esto explica que la apertura y la llamada al “*aggiornamento*” del Vaticano II haya supuesto para la vida religiosa una verdadera eclosión, una llamada a la libertad, a salir de su ensimismamiento. La figura profética del padre Arrupe resulta indispensable para entender este momento. El Concilio fue el “pistoletazo de salida” que marca el inicio de un itinerario muy profundo, complejo y sin previa planificación, donde el discernimiento se iba haciendo al mismo tiempo que aparecían nuevos desafíos. En estos años podríamos distinguir tres “vectores de salida” que marcan el cambio.

- *Una salida hacia el mundo.*

La nueva relación Iglesia-Mundo marcada por la *Gaudium et Spes* supuso un impulso definitivo para la vida religiosa. Tomar en serio esta llamada conciliar va a implicar serias transformaciones para una institución que se entendía a sí misma desde la “*fuga mundi*”, es decir, por una vocación marcada por su estar separada del mundo.

La vida religiosa en su conjunto abandona signos de confesionalidad que la diferenciaban y distanciaban: hábitos, convento, costumbres, horarios... para acercar su vida a la gente, especialmente a la más sencilla. Y, sin dejar sus propias obras, se abre a otras plataformas plurales desde las que ejerce y comparte su misión con otros y otras. Tanto en las obras propias como en otras plataformas se va dando una relación laicado-vida religiosa mucho más igualitaria y horizontal.

- *Una salida hacia los márgenes.*

El impacto conciliar al hablar de la “iglesia de los pobres” reforzado por las asambleas de Medellín (1968) y Puebla (1979) va a calar muy hondo y a afectar decisivamente en la evolución producida en estos años. Urgida por esta llamada en la vida religiosa, especialmente en la femenina, se produce un desplazamiento claro de “lugar social” hacia colectivos más pobres y sencillos. Se va dejando el centro de las ciudades para acercarse a barrios periféricos, pueblos, mundo rural, situaciones de exclusión.

Con una clara influencia de la vida religiosa de América Latina, se van creando comunidades de inserción que buscan "vivir con", situarse desde abajo, dejarse modelar por los más débiles para ir haciendo un camino conjunto de liberación. Se va pasando del *trabajar para*, a entender la misión desde el *vivir con*.

- *Una salida hacia el fondo.*

En el documento conciliar *Perfectae Caritatis*, dedicado a orientar la renovación de la vida religiosa, se insiste en la importancia de volver al evangelio como regla suprema de la propia vida. Esta puntualización conciliar, a primera vista tan evidente, va a suponer una profunda llamada para la vida religiosa. Tradicionalmente se comprendía a sí misma como "estado de perfección", con una cierta superioridad como estado de vida, que definía su identidad en la vivencia de los consejos evangélicos.

Poner el acento en lo común cristiano, entenderse a sí misma en igualdad con otras formas de vida, abre un camino de largo alcance, que va a afectar las mismas raíces de su ser.

Mirado en su conjunto, este *triple desplazamiento* supuso un camino plural, realizado con diferentes ritmos y acentuaciones que, al mismo tiempo, resulta fuertemente unitario. Un camino no lineal, ni siempre progresivo, en el que la vida religiosa dio claros signos de valentía y autenticidad, y que no estuvo exento de crisis, desconciertos, contradicciones y costos personales e institucionales.

Con todo, la riqueza de la apuesta y el acierto en la dirección de un cambio imprescindible, nos lleva a agradecer la brecha que se abrió en aquellos años. Hoy nos podemos preguntar ¿qué hubiera pasado en la evolución de la vida religiosa y en su misión en el mundo, sin la fuerza profética de aquellas mujeres y hombres, que apostaron con todas sus fuerzas a ser fieles a la llamada del Dios de la historia?

3.2 “El retorno restauracionista”

3.2.1 Respecto a **los laicos** comienza ya a mediados de los 60. La Conferencia Episcopal empieza a tomar medidas con la AC: se prohíben las declaraciones públicas frente a hechos relevantes sociopolíticos, cesan a varios consiliarios. Todo esto produce la dimisión de dirigentes y culmina con un descalabro masivo de los movimientos especializados de en 1968. Muchos de los militantes abandonan la Iglesia y se pasan a la acción vecinal, sindical y política. Queda la AC general que se mantuvo más al margen.

A pesar de todo, el movimiento desatado no se pudo enjaular. En los años 70, por influjo del desarrollo en Latinoamérica de las Comunidades de Base, se configuran aquí lo que se denominó como Comunidades Cristianas Populares. Estas vienen a recoger a algunos de los laicos procedentes de la AC, religiosos y algunos sacerdotes.

En esos años, ya de transición propiamente dicha, ayudaron mucho a los cristianos del mundo obrero y popular a vivir su fe desde su opción de clase. Se hicieron muy presentes contra la represión y su carisma fundamental vino a ser la denuncia profética.

En esta misma época, y venido de Chile nace el movimiento denominado Cristianos por el socialismo. Estos movimientos se convirtieron en el reflejo de un cristianismo de izquierdas, de defensa de la laicidad del Estado, y demostraron que marxistas y cristianos podían compartir trincheras en las luchas políticas y sociales.

Con los años 80 entramos en la postmodernidad y con ella el fin de los meta-relatos. La cultura reafirma el interés propio y el individualismo, lo que, junto con una sociedad estresada y sobrecargada, justifica la falta de compromiso con lo colectivo. Es un tiempo caracterizado por una fuerte secularización, crisis de fe y pobreza de ideales.

La jerarquía eclesial se asusta y muchos achacan, de una manera simplista, todo esto a un excesivo aperturismo del Concilio. Además viene experimentándose un cierto miedo a la pérdida de control sobre un laicado que está dejando su minoría de edad. Es el momento del pontificado de Juan Pablo II que marca también una nueva etapa en la Iglesia de corte restaurador.

En 1985, con ocasión del vigésimo aniversario del CVII, se convoca un sínodo extraordinario para “interpretar” el Concilio (*“por las dificultades y defectos de su recepción, confundiendo a veces la legítima apertura hacia el mundo con la aceptación de la mentalidad y escala de valores mundana”*), del que surge una serie de documentos. En el 87 se publica la exhortación apostólica *Christifideles Laici* sobre la vocación y misión de los laicos, que viene a matizar esta eclesiología de pueblo de Dios con la idea de una eclesiología de comunión, donde se vuelve a hacer especial hincapié en remarcar las diferencias entre los distintos ministerios. Se recrudece el clericalismo. Muchos laicos y laicas no encuentran en las instituciones espacios de libertad y participación para desarrollar su vocación, lo que hace que se desanimen y replieguen.

En el campo sociopolítico la democracia ya está instalada, los movimientos sociales pierden gas y los creyentes también. Los movimientos de base, sin apoyo eclesial y con menos militantes, se estancan o desaparecen. Los más militantes encuentran en el entorno de la VR un reducto de Iglesia comprometida con una fe que promueve la justicia, en el que poder encajar

Esta etapa se caracteriza por una fuerte irrupción de los Nuevos Movimientos Eclesiales. Por lo general, son movimientos que confieren a los fieles un espacio donde poder vivir la fe en un contexto poco receptivo. Su preocupación no es tanto social como de restaurar una sociedad cristiana. Sus apostolados más proselitistas y

de conversión, sin consecuencias políticas, sociales, ni económicas que puedan poner en entredicho la imagen de la Iglesia.

Tienen muy buena acogida entre los obispos, que animan y fomentan su implantación. Son muchos, muy diferentes y con muchos matices, por lo que no se puede generalizar. Entre los que cogen más fuerza aquí podríamos citar el Camino Neocatecumenal, la Renovación Carismática, los Legionarios de Cristo, Comunión y Liberación. Históricamente anteriores a estos movimientos, y con fuerte arraigo aquí, están el Opus Dei, con un perfil y régimen jurídico diferente (prelatura personal) aunque con similitudes en su finalidad y orientación, la Obra de María (focolares), y la Asociación Católica de Propagandistas.

En los años 90 comienza a despuntar, en aquellos espacios de misión donde confluyen laicos y religiosos, lo que se vino a llamar misión compartida, fenómeno sobre el que hablaremos más adelante. Se retoma en estos ambientes la preocupación por el compromiso sociopolítico de los cristianos. Se organizan cursos y conferencias (quisiera citar aquí la importante labor de Alfonso Álvarez Bolado, sj), algo empieza a despertar entre grupos de jóvenes, pero es minoritario.

Llegamos al siglo XXI, estamos en la época de la globalización y Europa pierde centralidad en el mundo. Se universaliza los nuevos medios de comunicación. La sociedad del bienestar está en su apogeo. El mercado es el que manda. Las familias cambian su configuración tradicional por nuevos modelos alternativos. Pero no todo es color de rosa: crece la desigualdad y la degradación del medio ambiente.

Con respecto a la Iglesia, se produce un alejamiento muy significativo, pues se la ve como la oponente a todo esto. Los laicos comprometidos disminuyen en número, y muchos creyentes se van quedando al margen de la práctica sacramental y de la vida institucional. Pero, paradójicamente, aparece la búsqueda de una espiritualidad alternativa que ayude a vivir más integradamente en un ambiente estresante. Empiezan a despuntar con éxito las convocatorias a cursos y encuentros por una nueva espiritualidad, religiosa o semi-religiosa, de tipo oriental donde confluyen creyentes, no creyentes, laicos y religiosos. Estos interesantes movimientos tienen en su contra que, por lo general, se quedan en la intimidad y no comprometen socialmente a las personas que se acercan a ellos.

3.2.2 ¿Qué pasó en la **vida religiosa** en estos años? También aquí, la situación política, familiar y eclesial va a determinar muy decisivamente el proceso vivido por las religiosas y los religiosos. Daré únicamente algunos rasgos de lo que, a mi parecer, configura el cuadro de la vida religiosa en estos años. La falta de relevos fue produciendo un cierto desgaste en el camino emprendido: los movimientos de base se van enfriando, se cierran pequeñas comunidades, el proceso de inserción en barrios y pueblos se va frenando. Envejecemos, entran pocas vocaciones nuevas y las que entran, no sintonizan con el camino anterior.

Otro aspecto significativo vivido en estos años, consecuencia de la secularización, es que afortunadamente, el Estado va asumiendo progresivamente muchos servicios educativos y sociales que en el pasado hacían los religiosos y religiosas. Las obras propias van pasando a manos de seculares y son pocas las religiosas/os que trabajan a tiempo pleno en ellas. Al perder su misión de suplencia, la vida religiosa parece haber perdido visibilidad en la sociedad y le cuesta encontrar su lugar. Vivimos un proceso de empequeñecimiento y de escasa relevancia social.

Esta realidad pide un reajuste de nuestras fuerzas a la nueva situación. Estamos en un tiempo marcado por la re-estructuración de obras, equipos de titularidad, tareas, comunidades, provincias, incluso fusión de congregaciones. Un tiempo de lucidez, valentía y generosidad para poder seguir respondiendo a la misión y preparar el futuro a las nuevas generaciones. Una tarea imprescindible que, al mismo tiempo, está llevando muchas energías en el presente y no siempre está acompañada de un nuevo impulso en la espiritualidad.

Con todo, en este tiempo la vida religiosa permanece abierta a nuevos desafíos. Se siguen dando pasos muy significativos hacia las periferias y fronteras, en situaciones donde se juega la vida de muchos seres humanos. Para dar respuesta en esta nueva situación, se buscan creativamente fórmulas intercongregacionales, de trabajo con otras instituciones (Cáritas, Justicia y Paz...) y de colaboración con los laicos.

En estos años un grupo amplio de religiosas, unidas a otras mujeres laicas van descubriendo la necesidad de vivir su fe desde su propio ser femenino; pasar de ser asiduas receptoras de teología y espiritualidad, pensada desde los varones, para abrir caminos desde ellas mismas, desde su modo de ser y hacer. Ejemplo de esta sensibilidad, no el único, lo tenemos en el camino que fue haciendo un sector de congregaciones femeninas de espiritualidad ignaciana que, desde 1983, se unen para ir dando pasos en esta dirección. También se percibe un nuevo impulso por parte de la vida religiosa hacia el diálogo interreligioso y ecuménico.

Un momento de especial importancia, en el que se recoge la situación, anhelos y búsquedas de esta etapa, es el Congreso Mundial sobre la vida consagrada, celebrado en Roma del 23 al 27 de noviembre de 2004. Ante el desánimo y cierto fatalismo de algunos sectores, esos días resonó con fuerza un grito esperanzador procedente de los cinco continentes: "La vida religiosa está viva, no está muerta".

El mismo título de convocatoria del congreso recoge con fuerza el sentir de aquel momento: "Pasión por Dios, pasión por la humanidad". En él se expresa la urgencia de recrear en el hoy, un vivir apasionado por Dios y por la humanidad, sin lo cual la vida religiosa pierde su fuerza y su capacidad de contagiar buena noticia.

3.3 Aprendizajes de este itinerario

3.3.1 Para **el laicado** el principal aprendizaje está siendo el del paso de la infancia a la adultez en la Iglesia. El Concilio supuso un importante cambio de rol: de ser los principales destinatarios de la misión, a los que había que catequizar y encauzar para que nos salvásemos, a ser protagonistas de la misión. Vamos asumiendo que lo nuestro también es una vocación que brota de una experiencia personal de encuentro con el Dios de la vida, que nos envía a anunciar y promover su Reino desde nuestro lugar en el mundo (especialmente en el ámbito familiar, profesional, económico y sociopolítico).

El reconocimiento una misma dignidad para todos los bautizados nos resitúa también hacia el interior de la Iglesia, dónde vamos tomando la palabra y asumiendo responsabilidades, sobre todo en temas de formación, teología, acompañamiento espiritual, asumiendo delegaciones diocesanas, el liderazgo de comunidades, etc. Somos conscientes de que queda mucho por madurar para que despierte “el gigante dormido”. Y, mucho trabajo para lograr una democracia interna en la Iglesia que reconozca nuestro papel, y muy en especial el de las mujeres. Pero de lo que estoy convencida es de que de este protagonismo y adultez dependerá en gran parte nuestra credibilidad ante el mundo.

Otro aprendizaje consiste en darnos cuenta de que no se trata ni de vivir un espiritualismo escapista, centrado en la búsqueda de la propia santidad al estilo clásico o la versión moderna de una interioridad arreligiosa, ni un activismo desconectado de la motivación profunda. Lo nuestro es misión eclesial que nace de un corazón agradecido por el Amor incondicional de Dios, que nos impulsa a poner nuestra vida laical, con todos sus ricos matices, al servicio de las necesidades humanas.

3.3.2 Para **los religiosos y religiosas** este camino de *minoridad* está suponiendo un fuerte desafío: el *aprendizaje de lo esencial*, es decir, encontrar nuestra razón de existir. En un tiempo de disminución numérica, en el que las tareas de suplencia van estando cubiertas es un momento privilegiado para caer en la cuenta de que nuestra función es "ser voz y llamada, presencia y profecía para el mundo y no mano de obra" (J. Chittister). Algo que no nos resulta fácil, necesitamos desaprender comprensiones y costumbres largamente arraigadas.

Estamos llamados a poner nuestro centro, personal y comunitario, en Jesús, pobre, bueno y humilde de corazón, que “pasó haciendo el bien”. Como él y con él, dejarnos atraer por las personas más débiles y marginadas de nuestra sociedad, de modo que las periferias y las fronteras de nuestro mundo vayan siendo, cada vez más, nuestro lugar natural.

Nuestro lugar es vivir en medio del mundo desde una mirada y talante contemplativo, escuchando el grito desgarrado de tanta gente que sufre y las ansias

de felicidad de la humanidad, de los pueblos y de nuestro mismo corazón. Identificar ahí el impulso creador de Dios, señalarlo y mostrarlo como el Dios de la vida que trabaja en la totalidad de la historia, más allá de los marcos de las iglesias y las estructuras religiosas.

Un aprendizaje dinámico muy en conexión con el impulso conciliar y que, en cada circunstancia de tiempo y lugar, tendrá que ir encontrando su propio modo de realización.

4. Nueva relación vida religiosa y vida laical

Hasta ahora hemos tratado de dar una visión de la evolución tras el Concilio de la vida religiosa y laical, y como fuimos acercándonos. Pero ahora queremos analizar más la relación entre estas dos vocaciones y lo que esta relación está significando para ambos colectivos.

4.1 Espacios de encuentro

Hasta hace un tiempo el espacio primordial de encuentro entre el laicado y la vida religiosa fueron las instituciones educativas y , en menor medida, otras actividades pastorales en parroquias, centros juveniles, etc. Un espacio, en cierto modo vertical, en el que el laicado es receptor de la misión de la vida religiosa. Es de justicia agradecer que muchos seglares deben a esta importante labor, el haber descubierto su vocación en la Iglesia.

Como ya hemos ido viendo, en los últimos años se viene dando otro encuentro. Cada vez son más los laicos y laicas que trabajan o colaboran voluntariamente en las obras apostólicas de las congregaciones. Lo que empezó siendo una ayuda para acometer la tarea, se está transformando en una colaboración en la misión.

En este compartir vida, tareas, y responsabilidad, algunos laicos y laicas van apropiándose de la espiritualidad y carisma de la congregación, llegando a experimentarlo como verdadera vocación personal, sintiéndose compañeros y corresponsables de las obras y misiones. Este nuevo modo de encuentro es mucho más horizontal e integrado. Se va configurando así, lo que se podría denominar un nuevo sujeto apostólico, en forma de familias religiosas o redes apostólicas. Esta es, a lo que parece, la figura emergente en lo que respecta a la relación laicado-vida religiosa.

En el campo de la inserción se viene dando desde el principio del cambio una relación de vecindad y apoyo mutuo laicado-vida religiosa en la que la horizontalidad y la reciprocidad se vive de un modo natural y cotidiano.

Otros espacios de encuentro cada vez más frecuentes son todos aquellos movimientos, sobre todo de acción social, en la que confluyen tantas veces las instituciones religiosas o religiosos a título individual, con movimientos laicales o laicos a título individual.

4.2 Camino de mutua confirmación y contraste

En este camino de relación entre el laicado y la vida religiosa se está dando un enriquecimiento mutuo y, de alguna manera, ambas vocaciones están poniéndose al servicio la una de la otra. Al mismo tiempo, de esta interacción están surgiendo nuevos retos que debemos abordar.

4.2.1 - Entre las principales aportaciones que, según mi experiencia, **el laicado** está recibiendo de la vida religiosa me gustaría destacar estas:

- En el trato con vosotros vamos descubriendo un modo de ver a Dios y de relacionarnos con Él, muchas veces, difícil de encontrar en otros ambientes eclesiales. Un Dios Padre-Madre, compasivo y liberador que nos lanza a la transformación del mundo.
- En vuestras obras recibimos una sólida formación espiritual, teológica, en valores y también en asuntos sociopolíticos y de análisis de la realidad.
- Con vuestro acompañamiento y apoyo nos proporcionáis ayuda para discernir la propia vocación y la misión particular, y hacer, de nuestro trabajo y vida, un verdadero ministerio cristiano.
- Nos ofrecéis una herencia espiritual y apostólica con la que poder identificarnos, que asumimos como propia porque nos sirve para nuestra vida y le sirve al mundo, y que nos sentimos llamados a transmitir a otros. Y un modo de proceder característico de cada espiritualidad y carisma.
- En vuestras instituciones encontramos un lugar en el que poder sentirnos formando parte de la Iglesia, un hogar abierto y libre dónde podemos experimentarnos en comunidad con otros y otras. Y que nos ofrece un espacio de colaboración adecuado a los retos de nuestra vocación y desde el que sentirnos enviados por la Iglesia en misión.
- Con vuestras vidas y compromisos nos mostráis un modo de mirar la realidad desde abajo, en contacto con los pobres y necesitados, que nos abre la mirada para situarnos ante nuestras propias misiones con una visión más global y justa, y con entrañas de misericordia. Sintiéndonos confrontados y ayudándonos a no caer en la tentación de la cómoda instalación. Y nos proporcionáis un acceso a realidades sociales de frontera a las que de otro modo no podríamos llegar.

Todo esto revitaliza y replantea nuestra propia identidad laical y nuestra misión.

4.2.2 -También para la **vida religiosa** compartir su vida con el laicado supone una riqueza muy grande.

- El vivir cotidiano en la amistad, el compañerismo fraterno, el apoyo incondicional en la misión común nos transmite aire fresco, nos enseña a vivir en la reciprocidad del dar y recibir: nos humaniza y nos devuelve identidad.
- También nos ayudáis a humanizar nuestra fe. La experiencia de ser padre/madre, la ternura y el cariño hacia los hijos, los trabajos, sufrimientos y gozos que vivís en vuestro entorno familiar, os acerca a una experiencia sencilla y entrañable de Dios Padre y Madre. Esta experiencia nos la regaláis de una manera sencilla, quizás sin daros cuenta, en nuestro compartir diario.
- La diversidad profesional, el mundo de la empresa con sus luchas y tentaciones, el realismo económico de no llegar a final de mes, la situación de paro, el compromiso sociopolítico de vanguardia y tantas otras situaciones vitales que componen vuestro vivir cotidiano, amplía nuestra sensibilidad con dimensiones vitales que nuestra vida, por sí misma, no podría palpar.
- En la búsqueda conjunta de nuevos caminos de misión, cuando llevamos adelante un proyecto educativo o social, vuestra experiencia es indispensable. Nos aporta el realismo necesario para poder responder con lucidez y utopía al mundo de hoy.
- Otro aspecto importante de la necesaria complementariedad es vuestra permanencia en los lugares frente a la movilidad inherente a la vida religiosa. Gracias a llevar adelante una misión común, podemos vivir la disponibilidad propia de nuestra vocación: estar dispuestas a ir allí donde más se necesite.

4.3 Retos que se van dejando entrever:

- Esta nueva manera de comprender la misión genera una nueva situación en la que ya nadie se puede erigir en propietario de ella y todos tienen derecho a intervenir en los discernimientos y tomas de decisión. Urge por tanto un *cambio de mentalidad hacia estos laicos* pasando a verlos, a pesar de sus carencias y limitaciones, como verdaderos compañeros.
- Esta corresponsabilidad, para ser real, pide nuevos vínculos entre nosotros que afectan también al nivel jurídico. Cada congregación va haciendo su camino en fidelidad a su carisma y constituciones lo mejor que va sabiendo. Hay que reconocer que en este terreno se están dando pasos a veces muy valientes, pero hay todavía mucho por andar y requiere de mucha creatividad y generosidad por parte de todos.
- La misión compartida no se puede limitar a un modelo unidireccional de entender la misión como la colaboración en las obras de las instituciones religiosas. Sería una pena que, por aquello de tapar agujeros y solucionar lo inmediato, olvidásemos que el reto va más allá. Pasa por acoger en profundidad la llamada

del Espíritu que surge del Concilio: una participación cada vez más responsable en la evangelización de la sociedad, implicándonos en el cambio de las estructuras económicas, políticas y sociales.

- El tomar en serio la reflexión conjunta sobre la misión, supone estar abiertos a que, de la interacción y discernimiento conjunto, puedan surgir nuevos proyectos y se abran nuevas perspectivas apostólicas nunca antes consideradas.
- Debemos acercarnos, con espíritu crítico, a todo lo nuevo que está emergiendo (movimientos sociales alternativos, nuevas formas de comunicación social, redes de denuncia o incidencia, colectivos por el cuidado de los recursos naturales, etc.), sin prejuicios, abiertos a acoger lo que de vida verdadera pueda traer.
- Interesa estar muy presentes en estas nuevas búsquedas espirituales que están surgiendo, mediante la apertura al encuentro y el diálogo con gentes de otras espiritualidades y creencias. Aportando lo mejor de nuestras tradiciones y, dispuestos a aprender de los otros para poder dar respuesta a la sed de trascendencia que todos llevamos dentro.

5. Situación actual

5.1 Nuevo contexto sociopolítico: crisis

Todos coinciden en reconocer que la crisis económica que vivimos desde 2008 está marcando un cambio de época en nuestras sociedades. La crisis, que estalla como una crisis financiera derivada de la especulación a la que condujo el descontrol del sistema capitalista, pone de manifiesto una crisis más global, mucho más amplia. Vivimos, de nuevo, tiempos convulsos en que se suceden cambios rápidos que afectan a todas las esferas de la realidad y que está suponiendo un punto de inflexión en la sociedad respecto al modelo anterior y que está haciendo necesario que todos nos resituemos. ¿Hacia dónde vamos? ¿A dónde queremos ir?

En España ha sido especialmente significativo el efecto de la crisis económica en lo que a la destrucción de empleo se refiere, con sus efectos colaterales de incremento de la población en riesgo de pobreza y exclusión social, aumento de la desigualdad y los recortes en las políticas sociales que, junto con la corrupción en las instituciones y poderes públicos, están produciendo un fuerte pesimismo político, económico y social; aunque también ciertas reacciones de indignación ciudadana que empiezan a organizarse. Y, como consecuencia de todo ello, los necesarios reajustes en los partidos que se ven forzados a reaccionar ante esta situación insostenible y a la pérdida de credibilidad.

Vivimos pues un momento histórico y en nuestras manos está acoger esta novedad inquietante y transformarla en oportunidad de vida humana y solidaria para todas y todos. Nosotros como cristianos algo tendremos que aportar. Puede ser que estemos ante otra llamada del Espíritu ¿un nuevo Pentecostés como al que nos referíamos al comenzar con el Concilio?

5.2 Nuevo contexto eclesial: Papa Francisco

"No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo, mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando ¿no lo notáis?" (Is 43, 18-19). Estas palabras del profeta Isaías resuenan como verdaderas en nuestro nuevo contexto eclesial. La persona y el mensaje del Papa Francisco va llegando a la iglesia como lluvia fresca que riega y fecunda ilusiones adormecidas. Una nueva y profunda esperanza va dejándose sentir en este frío invierno tan fuertemente castigado por la crisis y el desencanto.

De nuevo, 50 años después del Concilio, se nos urge a ser una *iglesia en salida*, abandonar las inercias del "siempre se hizo así" para *salir al mundo* con valentía, creatividad, generosidad, sin prohibiciones, ni miedos para "*salir al encuentro*, buscar a los lejanos y *salir a los cruces* de los caminos para invitar a los excluidos" (EG 24). Ante el temor de salir a la intemperie de los caminos, el Papa insiste, "más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en la normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres en las que nos sentimos tranquilos, mientras fuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: Dadles vosotros de comer" (Mc 6, 37) (EG 49).

Ser una *iglesia en salida* supone, al mismo tiempo, ser una *iglesia "hospital de campaña"*: donde se vendan heridas y se consuela al triste, "un lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del evangelio" (EG 114).

6. Mirando hacia adelante

El reto común al que nos enfrentamos es cómo ofrecer hoy al mundo ese proyecto de Dios que es el Reino de justicia, paz y alegre fraternidad que nos anunció Jesús y que implica un compromiso preferencial por los pobres y desfavorecidos. En un mundo marcado por la dinámica de globalización no es posible construir esto trabajando cada uno por nuestra cuenta. La realidad nos necesita respondiendo globalmente, articulando nuestras misiones personales, grupales o comunitarias para que el anuncio del evangelio suponga un avance hacia una ciudadanía incluyente y solidaria capaz de transformar más eficazmente las estructuras de injusticia.

Y sobre todo, que nuestras vidas sean creíbles en nuestro contexto. Hombres y mujeres bien formados, capaces de resistir el embate de la seducción de los valores en boga, con una interioridad bien forjada fruto de la contemplación. Que mostremos con nuestras vidas, con nuestra proximidad, con valores como la solidaridad y la gratuidad, gestos de esperanza en que otro mundo es posible.